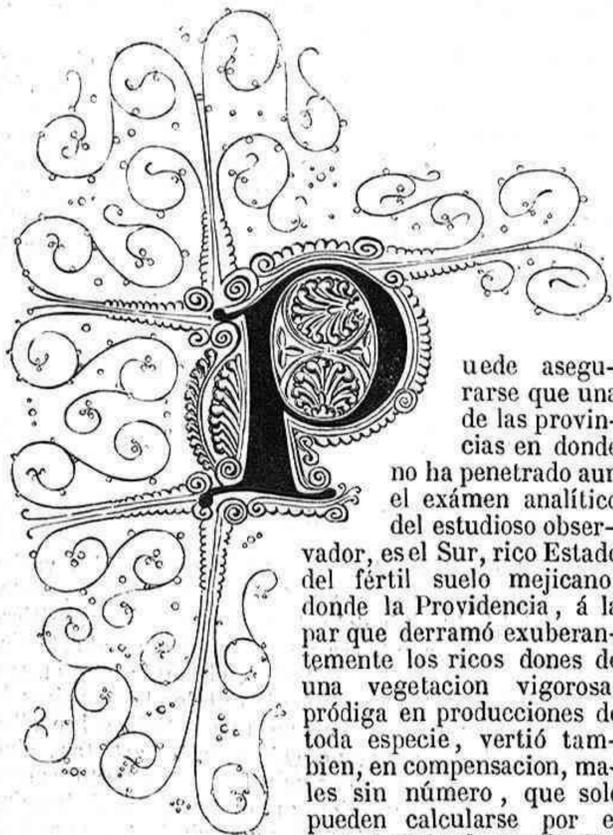




MEJICO.

ESTADO DEL SUR.



uede asegurarse que una de las provincias en donde no ha penetrado aun el exámen analítico del estudioso observador, es el Sur, rico Estado del fértil suelo mejicano, donde la Providencia, á la par que derramó exuberantemente los ricos dones de una vegetacion vigorosa, pródiga en producciones de toda especie, vertió tambien, en compensacion, males sin número, que solo pueden calcularse por el que recorriendo sus fértiles

montañas cortadas de torrentes, ríos y cascadas que cruzan en todas direcciones, contempla el poco provecho que de tesoros tan inapreciables han sacado los habitantes de esa provincia, conocida por todos con el nombre de *Tierra caliente*, y de algunos con el de *Estado de Guerrero*. Estos males que de enunciar acabo, y cuya fuerza se hace mas sensible y marcada cuanto mayor es la suma superabundante de los bienes, contra cuya benéfica influencia combaten, son el clima mortífero, cuyos estragos han sentido muy de cerca los españoles, cuando aun adornaba aquel rico

diamante la esplendente corona de los reyes de Castilla, los innumerables reptiles ponzoñosos que por todas partes brotó la tierra, y la temible fiebre amarilla que se ceba sangrientamente en los que no han nacido bajo aquel clima abrasador.

La Tierra caliente, provincia del Sur, ó *Estado de Guerrero*, pues con los tres nombres se designa el punto que nos ocupa, es un oasis y un desierto, pues participa de la atractiva belleza del primero, y de la triste soledad que marca el aspecto del segundo: es el molde en que la Providencia vació las felicidades y las desdichas de la tierra que, fundidas y amalgamadas, cuanto mas parece pugnan entre sí, como cuerpos contrarios para separarse, mas se unen y se identifican, arrastradas por una fuerza superior que las dirige; de esta suerte, proporcionando al hombre todos los bienes materiales que codicia, le recuerdan, en sus padecimientos, que no le es dado volver á encontrar en la tierra, el Eden perdido.

Allí se ostenta abundante la *cochinilla* ó grana, ese insecto colorante que se cria adherido á la planta llamada *nopal*, de la cual vive, y que con tanta profusion han enviado á Europa: allí el vistoso y cándido algodón, la rica vainilla, las abundantes minas de oro y plata: los ríos que en sus transparentes linfas arrastran metales tan ricos como los que han engrandecido la California: las esquisitas frutas de delicado gusto que no encuentran competidoras en el mundo; y sobre todo, la caña de azúcar que hermosea los inmensos terrenos de las haciendas, y que rinde al año, solo en aquella provincia, cerca de cuatro millones de arrobas de azúcar, que se consume en los demás Estados de la nacion: allí los espesos bosques regados por caudalosos ríos, y las feraces y vírgenes montañas brindando al hombre los inagotables tesoros de la naturaleza. Pero allí tambien la venenosa tarántula, el ponzoñoso alacran que invade hasta las sábanas de la cama; el repugnante cientopíes y la imperceptible *nigua* que se halla estendida en toda la superficie del Estado, penetra en los piés del forastero, é introduciéndose entre el pellejo y la carne, pone en ella sus huevos, y se reproduce de una manera, desgraciadamente prodigiosa, que deja sin accion al incauto que no ha tomado todas las precauciones necesarias para conjurar el mal.

Esta parte que encierra en su seno con igual fuerza lo bueno y lo malo, lo agradable y tormentoso, la vida y la muerte, es una provincia escepcional, de las muchas que forman aquel hermoso país conquistado por Hernan Cortés en una época en que el leon de España se ostentaba como dominador y rey del orbe entero. El Sur es la

region inaccesible á todo gobierno; region á donde se refugian los descontentos, donde se reconcentran los elementos sediciosos que, agitados por las intolerantes pasiones de partidos, causan una conflagracion general que abrasa por sus cimientos el edificio aun vacilante levantado por los gobernantes. De aquí la condescendencia forzosa de todos los gobiernos con esa provincia defendida por la naturaleza mortífera de su clima, que diezma los ejércitos, siendo sus habitantes la pesadilla de los que están encargados de regir los destinos de la patria.

La *Tierra caliente* comienza en Cuernavaca; ciudad hermosa y pintoresca situada á 15 leguas de la capital de la nacion. Este pueblo que fue en tiempo de la conquista la capital de un país habitado por los *Tlanitas*, es hoy uno de los mas comerciales y ricos que se conocen; debido en gran parte, á las numerosas fábricas de aguardiente de caña que cuenta, y que esporta para todos los puntos de la República. Colocada la ciudad en un terreno feraz y agradable, y disfrutando de una temperatura templada y apacible, como que es la puerta entre la tierra fria y la caliente, los europeos la visitan y se establecen en ella, influyendo, de esta suerte, en los adelantos de la ilustracion y la industria que han llegado allí á un grado de perfeccion que no se conoce en el resto de la *Tierra caliente*.

Puede decirse que Cuernavaca es el *hasta aquí* de los europeos: el antemural levantado á las letras y á la civilizacion que allí se estancan sin que encuentren un cauce para regar con su benéfico influjo el país abrasador que se encuentra al otro lado. Aquello mismo que ha servido á dar al *Estado de Guerrero* un poder independiente, ha sido á la vez, la poderosa rémora que se ha opuesto á que se llevara el germen de la cultura y de la civilizacion que tan ópimos frutos de ventura hubiera producido. El clima, sepulcro de todos los que han osado invadir la *Tierra caliente*, ha sido tambien la tumba de los adelantamientos científicos y literarios, que solo viven en el gabinete de algun hombre estudioso, como las flores de un país cálido en los invernáculos de los botánicos de Inglaterra.

Los gobernantes españoles, á cuya vigilancia estaba sometida esta parte de la Nueva-España en el gobierno vireinal, solicitaron de los vireyes, que se crease en esta provincia el obispado de Chiapa, para que los dignos sacerdotes estendieran la doctrina del Crucificado, convencidos de que, la base fundamental de toda civilizacion, está comprendida en el divino Evangelio. Pero el clima insalubre por una parte, y por la otra, las penosas distancias que era preciso atravesar para pasar

de un pueblo á otro, impidieron el que la semilla civilizadora fructificara con la fuerza y fecundidad que hubiera sido de desear. Estos mismos inconvenientes, capaces de arredrar por sí solos al hombre menos celoso de su salud y de su vida, agregados á los innumerables reptiles ponzoñosos que ennegrecen la tierra, han influido en que los europeos no hayan penetrado en ese Estado que, aislado de toda comunicacion con los habitantes del viejo mundo, que se establecen en puntos mas sanos de la República, ha permanecido casi en el estado en que se encontró en la época de la conquista.

Y si en tiempos pacíficos y normales como eran los que corrieron por espacio de 300 años; si durante una paz no interrumpida por tres siglos; si en la época de un gobierno respetado y poderoso, abundante en recursos, lleno de fuerza moral y física, no se consiguieron ventajas en punto á su civilizacion, no obstante los generosos esfuerzos de sus gobernantes; ¿qué extraño es que hoy, bajo el mando de gobiernos constituidos en medio de las revoluciones, como todos los que ha habido en Méjico desde su independencia, combatidos por una tormenta no bien han conjurado otra; obligados á mirar por su propia conservacion siempre amenazada, luchando á brazo partido contra la marejada levantada por el soplo de las revoluciones, desconfiando de todos, faltos de los recursos indispensables para acallar la grito de los descontentos y encarrillar á la nacion por la senda de la tranquilidad y el progreso, no hayan hecho ninguna conquista en el Sur las letras y la civilizacion?

La gente que habita el Sur, trae su origen de la mezcla de la raza india primitiva y de la negra; su color, generalmente hablando, es prieto, toscas sus facciones y el cabello muy áspero; abundan los de cutis cetrino, y es muy considerable el número de pintos, llamados así porque en su rostro, lo mismo que en el resto del cuerpo, están pintados de manchas amarillas, negras, rojas, azules, blancas y verdes, que les dan un aspecto raro y repugnante. El pinto, cuyo color puede compararse al mosaico, no forma por este raza diferente de la del resto del Sur: los variados matices que sobre su piel se marcan de una manera pronunciada, provienen de una enfermedad cutánea que se trasmite de padres á hijos, y cuyos efectos no ha encontrada la medicina medio de evitar. Los surianos, como todos los hijos de país cálido y montuoso, son, sino de complexión muy robusta, si ágiles y sueltos, agudos en el decir, pendenciosos, de valor personal, nada ambiciosos, pero indolentes en sumo grado, sin duda por efecto del clima y de la abundancia con que su fértil suelo les brinda todas las producciones que sobran á satisfacer sus limitadas exigencias. Libres por la ardiente temperatura, de la necesidad de construir sólidas casas, viven, exceptuando la gente principal que habita en buenos pueblos, en *cuadrilla*; esto es, reunidos en un lugar en que levantan diez ó doce chozas, y que abandonan para habitar en otro cuando lo juzgan conveniente, llevándose consigo las barracas.

El alimento de estos hombres, que desconocen esas necesidades que la ilustracion ha hecho indispensables en los países cultos, y cuya sola exigencia es la de gozar de una independencia completa, se reduce á *tasajo*, *chile*, que es el nombre que dan al pimiento, ricas frutas en que abunda el país, *totopo* y *pinole*. El *totopo* no es otra cosa que la masa del maíz molido en una piedra llamada *metate*, masa que aplastándola entre las palmas de las manos hasta darle la forma de una ancha oblea, la tuestan en una especie de plato poroso de ordinario barro que llaman *comal*, y el *pinole* se reduce á maíz tostado, molido en polvo y mezclado con azúcar.

En relacion con esta frugalidad que distingue á los habitantes de region tan abrasadora, está la sencillez de sus vestidos. Los hombres llevan un ancho calzon blanco de tela de algodón sujeto á la cintura por una faja; camisa de lo mismo, suelta, y que cae encima de los calzones; sombrero de *petate* de inmensas alas, y sandalias sumamente ordinarias. El arma favorita, y á la cual acuden para resolver sus mas ligeras cuestiones, es el *machete*; sable ancho y tosco que jamás apartan de la cintura, que parece forma una parte de su ser, y que constantemente lo están afilando. El traje de las mujeres, que en general son aun mas feas que los hombres, no es el mas á propósito para hacer disimulables los defectos con que las marcó la naturaleza. Llevan enaguas cortas de tela ordinaria de algodón; por camisa un lienzo cerrado por pecho y espalda, y abierto por los lados para sacar los brazos; medias no las usan; y su calzado es en todo igual al que gastan los hombres. Sus hijos pequeñuelos, que se entretienen en correr y divertirse enfrente á la choza en que sus padres descansan tendidos sobre un *petate* ó meciéndose en una hamaca, sin que les desvele el cuidado del porvenir, ostentan en todo su rigor el mismo traje que usaron Adán y Eva en el paraíso, antes de haber gustado del árbol prohibido.

Connaturalizados los hijos del Sur, con las enfermedades del clima, y familiarizados con la vista de los reptiles ponzoñosos que á los de otras provincias tanto espanto causan, lejos de huir de los venenosos insectos, los buscan como bocado delicioso; y agarrando á los alacranes por la cola, se los comen vivos, arrojando aquella, que es donde guardan el veneno activísimo.

Ya he dicho que uno de los rasgos característicos de los surianos es la indolencia, debida á sus reducidas exi-

gencias y á la abundancia de su rico suelo. Sin embargo, para dar á conocer el grado extremo hasta donde aquella llega, creo conveniente detenerme á referir una de esas costumbres que marcan de una manera indeleble la índole de sus habitantes. Acostumbrados, casi desde que nacen á montar á caballo, la exigencia apremiante de todo hijo del Sur, es tener un buen jaco. El alimento, el vestido, el amor, los bailes y el juego á que tan aficionados son, todo lo dejan por un *cuaco* como ellos llaman al caballo. De aquí aquel versito que ellos cantan, y dice:

Si Adán hubiera tenido  
En el Eden un caballo,  
No hubiera servido á Eva,  
Ni de la fruta probado.

Dueños, pues, de este noble animal indispensable, al suriano, hay pueblos cuyos habitantes cuando tienen necesidad de llevar agua á sus barracas, colocan sobre el caballo cuatro cántaros vacíos, dos delante y dos á la grupa, y montando en seguida ellos, penetran descansadamente en las barracas abundantes de agua, y entrando por una orilla y saliendo por la otra, consiguen que los cántaros se llenen por sí solos, volviéndose á sus casas, sin haberse tomado la molestia de descargar y cargar.

Los bailes de estos habitantes, felices negativamente, son sumamente estrepitosos, y la música melancólica y rara: son excelentes ginetes, como todos los mejicanos; y su diversion favorita, es correr á caballo tras un toro, lo cual se llama *colear*. Esta diversion consiste en agarrar al toro por la cola con la mano derecha y alzando inmediatamente la pierna para sujetar con ella el brazo, á lo cual llaman *meter arcion*, derribar á la fiera, siguiendo el alazan su carrera, regido por el hábil ginete, que se ostenta encima lleno de satisfaccion y noble porte. Otras veces, colocan una vara tendida en el suelo, y retirándose á regular distancia, vienen con la velocidad del viento sobre el caballo, y sin que este detenga su carrera, se inclinan de una manera firme y admirable al llegar al punto en que está la vara, y alzándola con una facilidad asombrosa, continúan corriendo con la misma velocidad. Estas diversiones de que ya hablaré en otro artículo, son comunes á todas las provincias de Méjico.

La organizacion de lo que se llama ejército del Sur, y que en nada se parece al resto del ejército mejicano que está vestido con tanto lujo como el francés, es digna de tenerse en cuenta. Las tropas que están en esa provincia, han de ser formadas precisamente de hijos nacidos en ella. Sin dar servicio activo sino en Acapulco y dos ó tres poblaciones importantes del mismo Estado, para lo cual basta una fuerza insignificante, el resto se ocupa en los trabajos del campo, sin diferenciarse del resto de la poblacion, sino en el fusil que cada uno tiene en su casa. Esta tropa no recibe paga ninguna del gobierno en tiempo de paz; pero cuando hay guerra extranjera, ó movimiento político, el jefe, que es hijo del país, convoca á los pueblos, y todos los soldados acuden inmediatamente con sus armas á defender la patria ó á sostener el partido que estiman conveniente. Este ejército no está uniformado; su traje es en todos tiempos el mismo que usa toda la gentes del país.

El grabado que acompaña á este artículo, representa con toda exactitud á esos mismos hijos del Sur, que entraron en la capital de Méjico en 1855, despues de la caída del general Santa-Anna. Yo los ví entrar en esa suntuosa poblacion, y puedo asegurar que la pintura está en un todo de acuerdo con el original. El lugar que ocupan es el cuartel formado en el convento de San Francisco, y el traje que visten, el mismo conque hicieron su entrada triunfal, llevando á la cabeza á su predilecto general don Juan Alvarez, siendo ministro de la guerra su leal amigo don Ignacio Comonfort, actual presidente de la República.

Como verá el lector, el uniforme que llevan los soldados no es otro que el que descrito queda al hablar del traje en general, sin otra diferencia que la de llevar encima de la camisa las fornituras, el fusil al hombro, algun capote cogido á los contrarios, y en el sombrero el letrero que dice, *soldados del Sur*.

Preciso es pues, no confundir á este ejército que no da servicio ninguno sino en su provincia, con el ejército mejicano, bien equipado, escelentemente armado, y que en lujo en el vestir puede competir con cualquiera de Europa, aunque no en instruccion.

Las provisiones que el soldado del Sur lleva en campaña, se reducen á un pedazo de *tasajo*, *totopo* y *pinole*, de que ya tengo hablado al principio de este artículo. Esta frugalidad, comun á todos los mejicanos, es una ventaja para los gobiernos, pues fácilmente atienden á la subsistencia del soldado, que tiene en Méjico la cualidad de ser callado, sufrido, obediente, incansable en sus marchas, y de valor personal.

Dado á conocer lo que se llama *Tierra caliente*, no quiero terminar este artículo sin referir dos hechos históricos, dignos de ser tenidos en cuenta, si quiera sea porque en ambos anda mezclado el nombre español, tan alarmante entre la gente baja del Estado de Guerrero.

Estaba consumada, ya hacia diez años, la independencia de Méjico. Corrian los primeros dias del mes de enero de 1831, y el vice-presidente don Anastasio Bustamante, trató de dar el último golpe á la revolucion que

habia tratado de derrocarlo y cuya última chispa la sostenia en el Sur, el general Guerrero, hijo de la misma provincia. Hallábase este militar de la independencia, en Acapulco. En el puerto de este mismo punto, se encontraba un buque sardo, del que era capitán un tal Picaluga, cuyo nombre ha quedado entre los mejicanos, para designar á algun traidor. El malvado capitán ambicionando oro, concibió el proyecto mas infame que caber puede en corazon humano. Se presentó á Facio, ministro de la guerra, ofreciéndole entregar al general Guerrero, si en premio de su servicio, le daba la cantidad de 50,000 duros; y habiendo el ministro consultado con el gobierno, convinieron en entregarle la espresada suma, que se le pagó en oro. Picaluga volvió á Acapulco sin que nadie sospechase su inicuo plan; y como pasaba por íntimo amigo de Guerrero, convidó á este á que pasara á su buque, donde le tenia preparado un magnífico almuerzo. El confiado general aceptó el convite de su infame amigo, y á la hora convenida pasó al buque, acompañado de tres ayudantes suyos. Sentáronse todos á la mesa; y cuando Picaluga los consideró mas entretenidos, dejó su asiento fingiendo una ocupacion, subió á cubierta, cerró la escotilla de la cámara, y levando anclas, se hizo á la vela al puerto de Huatulco, donde ya estaba esperando al engañado prisionero, tropa del gobierno. A los pocos dias, y despues de haber sido juzgado ante un consejo de guerra ordinario, á pesar de ser general y legítimo presidente de la República, fué fusilado. Los enemigos del gobierno, levantaron entonces el grito poderoso para medrar, cual era el de suponer que los españoles eran los que habian influido en aquel fusilamiento. Los surianos, á quienes hacia crédito los su misma ignorancia, no dudaron en dar crédito á aquella acusacion que comprometia á los peninsulares establecidos en *Tierra caliente*, y á los cuales han visto y ven con desconfianza.

Preciso es advertir que esta desconfianza, ó mejor dicho mala voluntad, solo existe entre la gente menos pensadora del Sur, pues en los de esmerada educacion son tratados los españoles con la mas alta deferencia; y rasgos hubo, aun en la guerra de 1810, y que forman el otro hecho histórico de que hice mencion, en que algunos de sus hijos se hicieron, por su generosidad con los españoles, dignos del aprecio universal. Tal fue el señor don Nicolás Bravo, que habiendo empuñado las armas para labrar la independencia del país, combatió tenaz y gloriosamente por ella. Este caudillo tenia prisioneros en su poder trescientos españoles, cuando recibió la noticia de que el gobierno español acababa de fusilar á su padre, que tambien combatia por la causa de la independencia. El señor Bravo en aquel instante de acervo dolor, mandó que le llevasen á su presencia á los trescientos prisioneros españoles, y despues de hacerles saber la noticia que acababa de recibir, lejos de tomar la venganza que ellos temian, les dijo que desde aquel instante estaban en libertad, y que podian irse donde gustasen.

Este rasgo de abnegacion y de generosidad, asombró al virey; y los españoles miraron desde entonces en Bravo, un verdadero héroe.

No he querido pasar en silencio estos dos hechos, porque ellos prueban que, los habitantes del Sur, se dejan guiar fácilmente por el bien ó por el mal; y que la mala voluntad hacia los españoles, entre la clase baja, desapareceria, si lo insalubre del clima no fuese la puerta que cierra á los europeos y á los hijos de otras provincias de Méjico, la entrada á ese Estado malsano que vive aislado en medio de los pueblos ilustrados que cuenta la República mejicana.

NICETO DE ZAMACOIS.

## ARQUEOLOGIA.

### LOS DIPTICOS.

Bajo el nombre *dípticos* están comprendidos varios objetos, que por su diversa forma y aplicacion, pertenecen así á la historia del arte de la escritura alfabética, como á la liturgia católica y culto cristiano, al arte pictórico y al arte escultórico. Todos, sin embargo, entran en el dominio de la arqueología que los ha consignado en sus anales; y creemos que una noticia sobre ellos podria ser interesante, no solo para los artistas, sino para los escritores sagrados y profanos. Por tanto, vamos á presentar una descripcion, aunque sucinta, de las clases de dípticos de que tenemos conocimiento, guardando el orden acabado de indicar, y la antigüedad de su invencion y de su uso.

Entre las diversas materias sobre que escribieron los antiguos por espacio de muchos siglos, además de la madera y los metales, ocupa la piedra un lugar muy preferente; y puede decirse, que la forma que casi siempre daban á esta materia empleada para dicho objeto, era en tablas de semejanza igual á lo que se indica por el título del presente artículo.

Cuando leemos en varios lugares del Pentateuco, y especialmente en el Deuteronomio (cap. IV, v. 13), que Moisés, exhortando al pueblo hebreo á la observancia de

los mandamientos, le decía que Dios había mostrado su pacto, mandando «las diez palabras que escribió en dos tablas de piedra»; vemos en esas tablas el origen de aquellas á que después dieron los griegos el nombre de *dipticos* (1). Es verdad que las voces hebreas לוחות הברית (Deuteron. IX, 3; *tabulas lapideas* de la Vulgata), no indican tablillas de madera enceradas como las que usaron los primitivos griegos para su escritura; pero no puede haber duda en que esta manera de escribir en dos tablas apareadas, no fue invención griega, sino que su origen se remonta al pueblo hebreo, como se remontan á él muchas cosas atribuidas posteriormente á otros pueblos y naciones.

Al hablar el idumeo Job (cap. 31, v. 35-36.) de escribir un libro, aun cuando se ignore cuáles podían ser la materia y la forma de los libros de su tiempo; se deduce que era preciso se escribiesen sobre materias capaces de ser enrolladas ó plegadas; pues así lo da á entender suficientemente su contexto. Siempre que en las Bellas Artes se representa á Moisés, se hace poniéndole el signo que mas le caracteriza, consistente en dos tablas, en las cuales aparecen escritos los mandamientos; y por eso se las llama *tablas* de la ley, tablas de la alianza, *tabulae foederis*. Pudiéramos presentar otros pasajes bíblicos en que se mencionan tablas escritas; pero nos parece que basta lo dicho para probar la prioridad del uso entre los hebreos.

Determinado ya el origen de este procedimiento gráfico, que acaso sería común á otros pueblos de origen semítico; vengamos ahora al pueblo griego, en el cual le hallamos desde remotos tiempos bajo la denominación de *dipticos*.

Dos clases de libros tenían los antiguos: *volúmenes*, que se hacían de materias flexibles, como papiro, pergamino, etc., y que después se enrollaban; y *códices* ó tablillas de las que se llamaban *dipticos*, cuando eran hechas de materias mas ó menos duras, como marfil, metales bruñidos y madera, y se plegaban y juntaban entre sí. Estas especies de libros ó tablillas, untadas de cera, y denominadas por los griegos *πίναξ, δελτίον, γραμματεῖον*, debían subir á una remota antigüedad, por cuanto las vemos mencionadas por Homero (Iliada, VI, versículo 168) en la relación que hace Glauco á Diómedes, de su antecesor el ilustre Belerofonte, enviado á Licia por Preto «con cartas injuriosas, escribiendo sobre *tablillas plegadas* sentencias de muerte»: *σῆματα λυγρὰ γράψας ἐν πίνακι πτυκτῷ*.

Heródoto refiere también el medio que empleó Demareto, que había emigrado á los Medos, para noticiar á los Lacedemonios que Jerjes preparaba una expedición contra Grecia; y dice estas palabras en el libro VII, número 239: *δελτίον διπτύχον λαβὼν, τὸν κηρὸν αὐτοῦ ἐξέκνησε, καὶ ἐπειτα ἐν τῷ ξύλῳ τοῦ δελτίου ἔγραψε τὴν βασιλέως γνώμην ποιήσας δὲ ταῦτα, ὅπως ἐπέτηξε τὸν κηρὸν ἐπὶ τὰ γράμματα, ἵνα φερόμενον κεινὸν τὸν δελτίον, μηδὲν πρῆγμα παρέχει οἱ πρὸς τῶν ὁδοφυλάκων*. «Tomando una tablilla de las de escribir, de estas que se doblan, raspó la cera que en ella estaba tendida, y en seguida escribió sobre la misma madera el pensamiento del rey: habiendo hecho esto, derritió cera sobre las mismas letras, á fin de que aquella tablilla que se conducía, no pudiese causarle daño alguno por parte de los que custodiaban el camino.»

Después refiere Heródoto, que habiendo llegado esta carta á Lacedemonia, nadie podía comprender qué significaba, hasta que Gorgó, mujer de Leónidas, discutiendo, halló el secreto.

Véamos cómo pasó el diptico griego al pueblo romano, y la extensión que este dió á ese método de escritura.

Toda la parte oriental de Italia, llamada *Hesperia*, á causa de su posición, estaba desde mucho tiempo habitada por colonias griegas; y por una consecuencia natural del ascendiente de un pueblo ilustrado sobre el que no lo es, los usos y costumbres griegas se extendieron poco á poco en aquella vasta comarca. Otras colonias griegas establecidas en las islas Eolias, en épocas muy remotas, extendieron su lenguaje, bajo el dialecto que les era propio, entre la multitud de pequeñas naciones que habitaban el reverso de Italia. Véase en el templo de Diana, edificado por Servio Tulio, sobre el monte Aventino, el tratado de alianza concluido entre los Latinos y los Romanos, grabado sobre una columna de bronce, cuyos caracteres ofrecían una identidad perfecta con los griegos; caracteres en los cuales estaban escritas las Doce Tablas, aun cuando fuesen de época menos apartada. El tratado de paz concluido entre los Romanos y los Gabios, bajo Tarquino el Soberbio, fue escrito con palabras latinas pero con caracteres griegos, sobre un escudo de madera cubierto con la piel de un buey inmolido en aquella ocasión (2). De modo, que era muy natural que al adoptar la escritura griega, adoptaran también los Romanos sus mismos métodos y procedimientos; y de aquí, el que desde los principios de ese pueblo se

hallase en él el uso de los dipticos; y que la voz griega *διπτύχα* la acomodasen sin variación ninguna á la lengua del Lacio, diciendo *diptycha*.

Parece probado suficientemente, que los dipticos mas antiguos usados entre los romanos eran los llamados *pugillares* (3) (de *pugillum*, diminutivo de *pugnis* puño), porque por su pequeñez podían caber dentro de la mano cerrada; de manera que venían á ser como unos libritos de memoria, formados de ordinario de dos tablillas de boj ó de otra madera dura, y con frecuencia de metal ó marfil. Envueltas estas tablillas en una tela de lino, y sellada sobre cera con el sello del escritor, la escritura contenida en ellas, ya fuese comunicando secretos confidenciales ó de política, ya de amor ó de intereses particulares, llegaba á su destino con la seguridad y reserva que nuestras cartas actuales. Las tablillas estaban cubiertas de cera, y se escribía en ellas con un estilo ó punzón de metal ó marfil; originándose de esta práctica, el que se dijese que un escritor tenía buen ó mal estilo, según escribía bien ó mal; así como ahora decimos que un escritor tiene buena pluma, cuando es bueno y correcto lo que escribe. Los caracteres, que mas bien podían llamarse grabados que escritos, se borraban con facilidad raspando la cera.

Luego que los romanos vieron que las dos superficies interiores del diptico no eran suficientes para contener todo el escrito que se deseaba, añadieron otras tablillas interiormente, escritas por ambos lados; y entonces dijeron *triptychon, pentaptychon, polyptychon*, según el número de tres, cinco ó mas tablillas que el sellado diptico contenía.

Era costumbre entre los romanos dar estos dipticos pequeños como estrenas ó aguinaldos al principio del año, con preferencia á otros objetos, y en ellos escribían votos por la felicidad de las personas á quienes iban dirigidos; pero sobre todo los empleaban frecuentemente para escribir cartas tiernas y amatorias, como se ve por un autor latino que dice de ellos: *habentque usum litteris praesertim amatoris conscribendis*; ó como trae un escoliasta de Juvenal: *Blandis epistolis et diptychis sollicitare*. Los dipticos *pugillares* eran al principio sumamente sencillos, pues no tenían exteriormente sino algunas labores pequeñas; mas adelante los recargaron de brillante ornamentación, y sus dimensiones primitivas se ensancharon.

Como la verdadera dignidad consular fue reemplazada en Roma por la púrpura imperial, y los cónsules llegaron á ser oficiales de mas aparato que responsabilidad popular; ostentaron mayor esplendor que el acostumbrado en los severos tiempos de la república. Elegido el nuevo cónsul durante las calendas de enero, se relacionaba por medio de dipticos con los que le habían dado su voto, los enviaba igualmente al senado, á sus clientes de Bizancio, á los templos, á las ciudades, á sus amigos de las provincias, y aun los distribuía entre el pueblo (4).

Todavía continuaba el diptico en la infancia de su invención; pero á medida que la dignidad consular aumentaba en brillo bajo la protección del emperador, así como se disminuía su poder, procuraba el cónsul mantener una ostentación de su espirante gloria por la munificencia de sus dádivas y la pompa de sus juegos públicos. De esta manera el diptico bajo la dirección del cónsul cambió de naturaleza y destino original. El marfil fue la materia empleada principalmente en su composición; y Valentiniano III y Teodorico el Grande, ordenaron que solo se reservase para los dipticos consulares. Los mejores artistas se ocupaban en grabar y cincelar sus cubiertas (5), en las cuales se veía el retrato del cónsul con todas las insignias de su dignidad. Añadían sus nombres, sus cualidades, los títulos de sus antecesores; y para mayor magnificencia se representaba también el boato que desplegaban en el anfiteatro y en el circo.

Estos dipticos se enviaban á toda Italia y aun á la Galia, sellados de la manera que hemos indicado antes. Suetonio refiere (in August. cap. 10) que Augusto sellaba sus dipticos ó diplomas (voces que llegaron á ser sinónimas) con la figura de una esfinge, para denotar secreto, después con una cabeza de Alejandro el Grande, y finalmente con su propia imagen: *in diplomatibus, libellisque, et epistolis signandis, initio sphingis usus est: mox imagine Alexandri Magni. Novissime sua*. En tiempo de Constantino recibieron estos dipticos el nombre de *evectiones*, ó sea licencia del príncipe para correr la posta (6).

La fórmula de uno de estos antiguos diplomas ó dip-

(3) A estos dipticos *pugillares*, empleados antes de la invención del papel, daban también el nombre de *codicilli*. San Jerónimo, en su Epístola «ad Niciam» dice así: *Ante chartas et membranarum usum, aut in dedolatis è ligno codicillis, aut in corticibus arborum, multum epistolarum alloquia missitabant*. Pero aun después de inventado el papel continuó la costumbre de escribir en esas tablillas, cuando no tenían el papel á mano, ó iban de camino, ó durante la cena, ó en el senado, etc., usándolas como un librito de memoria. *Hic hesterno die sententias nostras in codicillos, et omnia verba referebat*. (Cic. Phil. 8. 10).

(4) «Diptycha consulum, quaestorum, etc., erant tabellae eorum nominibus inscriptae, et imaginibus adornatae, quas ipsi ad amicos mittebant apophoreti vice, et in vulgus spargebant ipso die magistratus initi» (V. SYMMACHUS, epist. 2, 80.—5, 54, etc.)

(5) ELMES, *A general and bibliographical dictionary of the Fine Arts*.

(6) *EVECTIO: diploma sive chartula, signo principis obsignata, qua potestas alicui permittitur utendi equis cursui publico destinatis*. (FORCELLINI).

tics, que ha llegado hasta nosotros, mencionada por Marculfo, monge de las Galias, que vivió en el siglo VII, es digna de transcribirse; dice así:

ILLE PRINCEPS OMNIBVS AGENTIBVS IN LOCO. NOS GAIVM I. V. PARTIBVS ILLIS LEGATIONIS CAUSA DIREXIMVS, IDEO JVBEVMS, VT LOCIS CONVENIENTIBVS EIDEM A VOBIS EVECTIO SIMVL ET HVMANITAS MINISTRETVR, HOC EST, VEREDI SIVE PARAVEREDI TOT, PANES TOT, VINI MOD. TOT, CEREVISLAE, MOD. TOT, CARNIS TOT, PORCI TOT, PORCELLI TOT, VERVECES TOT, AGNI TOT, ANSERES TOT, PHASIANI TOT, PVLLI TOT, OVA TOT, OLEI LIBRÆ TOT, GARI LIBRÆ TOT, MELLIS TOT, ACEII TOT, CVMINI TOT, PIPERIS TOT, COSTI TOT, CARIOPHYLLI TOT, SPICI TOT, CINAMOMI TOT, GRANI MASTICIS TOT, DACTYLI TOT, PISTACIÆ TOT, AMIGDALÆ TOT, CERÆ LIB. TOT, SALIS TOT, OLERYM, LEGVMINVM CARRA TOT, FACULÆ TOT, PAVLI EQVORVM CARRA TOT. HÆC OMNIA TAM EVNDO, QVAM REDEVNDO EIDEM MINISTRARI IN LOCIS SOLITIS, ET IMPERI SINE MORA PROCVRATE.

La versión de este curiosísimo y antiguo documento podría ser la siguiente: «El Emperador, á todos sus agentes á quienes pueda pertenecer. Sabed que hemos enviado al ilustre Gayo por nuestro embajador á esos parajes. Por tanto, os mandamos, mediante estos nuestros rescriptos, que le prestéis, de todos modos, afectuosa asistencia en lugares buenos y convenientes para que pueda dejar y tomar los caballos que necesite; y le proveáis de pan, de muchas cántaras de vino y cerveza, de muchas libras de tocino, carne de vaca, de lechoncillo, de carnero, de cordero, y ánsares y faisanes, así como de gallinas y huevos, y bastantes libras de aceite, y pescado en adobo, miel, vinagre, cominos, pimienta, jengibre, clavos, azafran, cinamomo, granos de mastic, dátiles alfonísigos, almendras, y libras de cera, y sal, y mucha hortaliza y carros de legumbres, y teas, y carros de forraje para los caballos. De todas estas cosas deben proveerle tanto á la ida como á la vuelta en los lugares de costumbre, y sin ninguna dilación.»

Este diptico ó rescripto imperial nos demuestra cómo se proveía á un embajador romano de lo que necesitaba en el tránsito á su destino. Los dipticos consulares, como antes hemos dicho, estaban cubiertos con tapas de marfil, ricamente labradas, y en ellas se ponían retratos de cónsules con las insignias de su dignidad, y á menudo la representación de juegos, é inscripciones con los nombres y títulos de la persona celebrada; pues sin esta indicación hubiera sido difícil decir á quienes correspondían.

Los dipticos consulares son unos monumentos apreciables, por cuanto sirven de datos para la historia del arte, y guías seguros para conocer los usos, trages y costumbres de las épocas á que pertenecen. Algunos de los que han llegado hasta nosotros parecen del último período del imperio bizantino, según se ve por los cónsules que indican. El mas antiguo que se conserva es el del cónsul Felix Flavio, de principios del siglo V de la era cristiana. —Varios arqueólogos se han ocupado de estas antigüedades: el jesuita Wiltheim ha descrito y comentado los curiosos dipticos de Burges y Lieja; Sidonio ha explanado los de Compiegne; Hagenbuck, los de Brescia y Zurich; el de Dijon, ha dado origen á interesantes disertaciones, y de él ha hablado Montfaucon en su *Antiquité expliquée*; en 1773 leyó Berthod en la Academia de Besancon la descripción de la piel de un diptico conservado en la biblioteca de los Benedictinos; Salig dió un tratado de *Diptychis*, Halle, 1731; Doni publicó otro titulado *De los dipticos antiguos sagrados y profanos* (en italiano), Luca, 1753; Gori publicó una nomenclatura completa de ellos en 1757; Passeri un *Thesaurus diptichorum*; y Coste escribió *Sur l'origine des diptyques consulaires*.

Para dar fin á la descripción del *diptico profano* nos resta decir que era costumbre entre los romanos escribir en la mitad de un diptico ciertos títulos ó breves inscripciones, con las cuales se quería noticiar al público alguna cosa, y se esponía en los parajes frecuentados á la vista de todos, constituyendo lo que hoy llamamos cartel. Poníase en las casas que estaban de venta, y al cuello de los esclavos también de venta, con expresión de su patria, edad, precio y defectos que tenían. Lo mismo se practicaba con los reos de muerte, fijando una tablilla á su patíbulo, en la cual estaban sus nombres, patria y causa que ocasionaba su condena; como hizo Pilatos sobre la cruz de Cristo, según testimonio de san Juan en su Evangelio, cap. 19. Finalmente, estas tablillas escritas se ponían en las puertas de las casas de algunos personajes ilustres, para que fuesen reconocidas y respetadas de todos por su nobleza y mérito. —Hablemos ahora del *diptico sagrado*.

Entre los varios objetos gentílicos adoptados por los cristianos de los primeros siglos hay que contar igualmente los dipticos; y nada de extraño tiene esto, cuando era frecuente que padres idólatras tuviesen hijos que siguieran el cristianismo. La antigua costumbre romana de inscribir en esos registros públicos los nombres de los cónsules y otros magistrados, fué adoptada por los primeros fieles, pero para distinto fin; y de aquí ha resultado una clasificación diversa que la ciencia arqueológica ha registrado en sus páginas con el nombre de *dipticos sagrados*. Los que usaron los fieles estaban formados como los de los paganos, de dos tablillas de madera que se plegaban, pero cuyo contenido era diverso. En una tablilla estaban inscritos los nombres de las personas que

(1) La voz *diptico* sale del griego *διπτύχος*; este es un adjetivo que significa *plegado en dos*. Compónese del adverbio *δίς* (dis) *en dos veces*, y del nombre fem. *πτύχη* (ptuxé) *pliegue*. El Diccionario de la Academia española no contiene esta palabra, lo que no es extraño, pues omite muchas de uso frecuente. Algun otro diccionario la incluye, pero equivocadamente, diciendo *diptica*.

(2) DIONISIO DE HALICARNASO, *Antiq. Rom.*, lib. IV, c. 55.

por su dignidad, virtudes ó beneficios hechos á la Iglesia, tenían derecho á esta piadosa distinción. Primero estaban mencionados el papa, los patriarcas, el obispo de cada iglesia, y aun los miembros del clero de la diócesis; seguían el emperador, los príncipes, los magistrados, y los simples fieles que se habían hecho acreedores á esta gracia. En otra tablilla estaban los nombres de los que habían muerto en la fe católica (7), y venía á ser una especie de obituario.

El diácono leía al celebrante los nombres contenidos en estos diptícos al llegar al canon de la misa, para que durante ella los encomendase á Dios; usó que el cardenal J. Bona, autor ascético del siglo XVII, en su obra *De rebus liturgicis*, hace descender, no sabemos con qué fundamento, de los tiempos apostólicos, ó al menos del siglo de los sucesores inmediatos á los apóstoles.

Como quiera que sea, además de estos diptícos los había especiales en que se inscribían los nombres de los obispos que habían dirigido la Iglesia, y en los cuales se les conservaba, si sus costumbres y doctrinas habían sido puras y ortodoxas. También deben distinguirse los diptícos que contenían los nombres de los vivos y muertos recomendados á los sufragios de la Iglesia, de aquellos en que solo se inscribían los nombres de los santos confesores con los cuales quería dicha Iglesia establecer una comunión de méritos y oraciones.

Hace muchos siglos, dice Migne (8), que los diptícos han desaparecido de la liturgia católica; siendo puramente mental la conmemoración que ahora se hace, puesto que ya el celebrante no tiene á la vista los nombres de los vivos y muertos que ha de encomendar, como se verificaba en otros tiempos. El misal romano ha conservado sin embargo un recuerdo de la antigua litur-

(7) «Besides this, which was peculiar to the martyrs, they had a lower degree of remembrance, for bishops and confessors, and all other eminent persons departed this life, whom they not only praised in orations at their funerals, but writ their names in their diptychs, or two-leaved records, which contained in one page all the names of the living, in the other the dead that were of note in the church.» (BISHOP LLOYD. *At the Funeral of the Rev. J. Wilkins, D. D.*)

(8) *Liturgie Catholique.*



D. JUAN ALVAREZ, GENERAL MEICANO GEFE DEL SUR.

gia, poniendo en el memento de vivos y muertos las letras NN, equivalentes á *nomina*.

El *Micrólogo*, que es un pequeño tratado sobre los ritos y ceremonias de la Iglesia Romana, y que se atribuye á un autor italiano de mediados del siglo XII, habla de la práctica de leer los diptícos en la misa, como existente en su tiempo; pero Guillermo Durand, obispo de Mendocino, muerto en 1296, ya no menciona esa práctica en su liturgia, conocida bajo el título de *Rationale divinarum officiorum*. Cantú dice que duró hasta fines del siglo XVI; pero no sabemos en qué datos se apoya para afirmarlo.

En los primeros siglos no se contentaban solamente con inscribir en los diptícos los nombres de los vivos y muertos; poníanse también en ellos los concilios. El mismo pueblo pedía en la iglesia por aclamación que se insertase en ellos el nombre de esos concilios; lo cual sucedió, dice el citado Migne, con los cuatro concilios generales: *Quatuor synodos diptychis, Leonem episcopum romanum diptychis; diptycha ad ambonem*: que se inscriban en los diptícos los cuatro sínodos; que se incluya en los diptícos á Leon obispo de Roma; que se lean los diptícos en el ambon! (9).

La cancelación ó radiación de un nombre que había sido inscrito en los diptícos, equivalía á una excomunión; y si los cismáticos cuidaban de borrar de sus tablillas á los que contradecían su doctrina, y en especial á los obispos celosos en combatirlos; la Iglesia Católica empleó también esta severa medida con los que resistían su autoridad; y ni aun los muertos estaban exceptuados de este anatema (10). El papa Agaton hizo borrar de los diptícos los nombres de los patriarcas y obispos monotelitas, especialmente el de Maccario (11); y aun ordenó que sus retratos fuesen arrojados de las iglesias (12).

Réstanos hablar de los *diptícos sagrados* considerándolos como obras de bellas artes, destinadas al culto y devoción de los cristianos, desde fines del siglo tercero.

Por grande que fuese el odio que tuvieron los primeros fieles á las producciones del arte romano, no podían menos de servir, para sus símbolos, de las ideas y ob-

(9) Ambon: tribuna delante del coro de una iglesia á la que se subía otras veces para predicar, leer ó cantar ciertas partes del Oficio divino.

(10) «And unlike a calendar that I have seen, wherein the holy martyrs and confessors of Jesus Christ, who not only had place sometimes in these diptychs, but whose names are written in the heaven, are erased out, and traitors, murderers, rebels, and heretics set in their room.» (*State Trials. Against Ign. and Insuff. Ministers*, año 1656.)

(11) «E perchè Maccario ostinatamente nella sua opinione perseverava fu co'seguaci iscomunicato.» (PLATINA, *Le vite de pontefici*; Agatone, pontefice LXXX.)

(12) «This is notorious in their tables, their new-fashion'd diptychs; where men of honourable name and great worth are called *damnati auctores*, and their very name commanded to be put out, and some periphraze set down for them.» (BISHOP TAYLOR. *Dissuasive from Popery*; part. 2.)

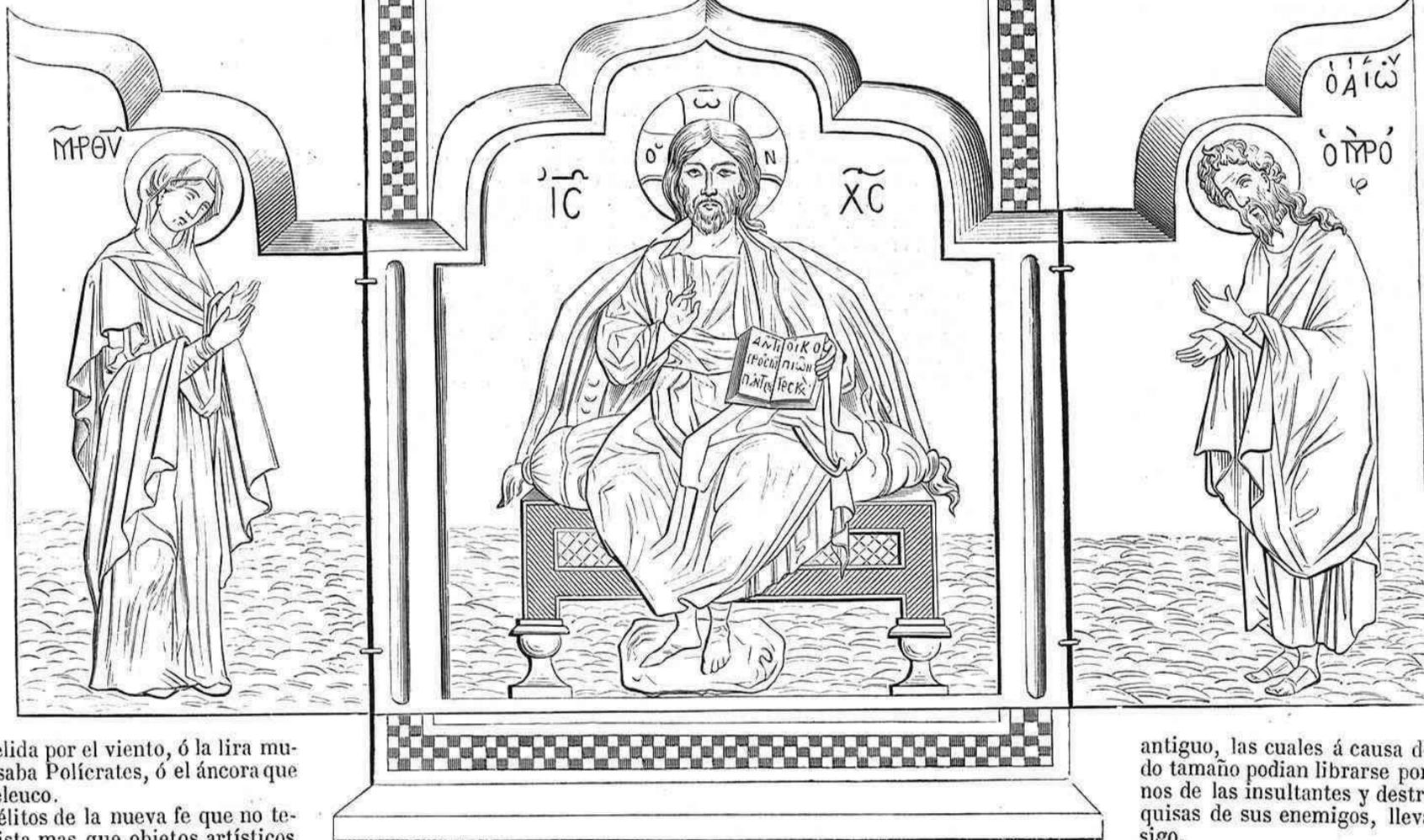


SOLDADOS DEL SUR Y PINTOS, EN MÉJICO.

R.F.O.

jetos del paganismo; como lo indica san Clemente de Alejandría (l. III cap. X) cuando dice: *Sint vobis signacula, columba, piscis, vel navis quæ celeri cursu a vento fertur, vel lyra musica quæ usus est Polycrates, vel anchoram quam insculpebat Seleucus, etc.*; sean para vosotros imágenes de sello, la paloma, el pez, ó la nave

nes, durante la persecucion de Diocleciano, que una oposicion formal á ellas. Y esto lo confirma el que los padres del concilio iliberitano, si prohibian las pinturas en las basílicas, recomendaban al mismo tiempo á los fieles el uso de los dípticos, que eran pinturas portátiles, ejecutadas sobre las tablillas de madera del díptico



DIPTICO DEL SIGLO XI (ABIERTO).

ligera impelida por el viento, ó la lira musical que usaba Poliferates, ó el áncora que esculpía Seleuco.

Los prosélitos de la nueva fe que no tenían á la vista mas que objetos artísticos del politeísmo, naturalmente hubieron de recurrir á ellos; y los adoptaron en efecto, pero para el simbolismo cristiano, para darles un nuevo destino religioso, una eminentemente espiritual, y no carnal ni como la de los dioses del Olimpo pagano que desapare-

significacion material como desapare-

glo VII, fue mas bien, segun el parecer de doctos y ortodoxos anticuarios, una medida reverente para impedir la profanacion á que estaban espuestas las imá-

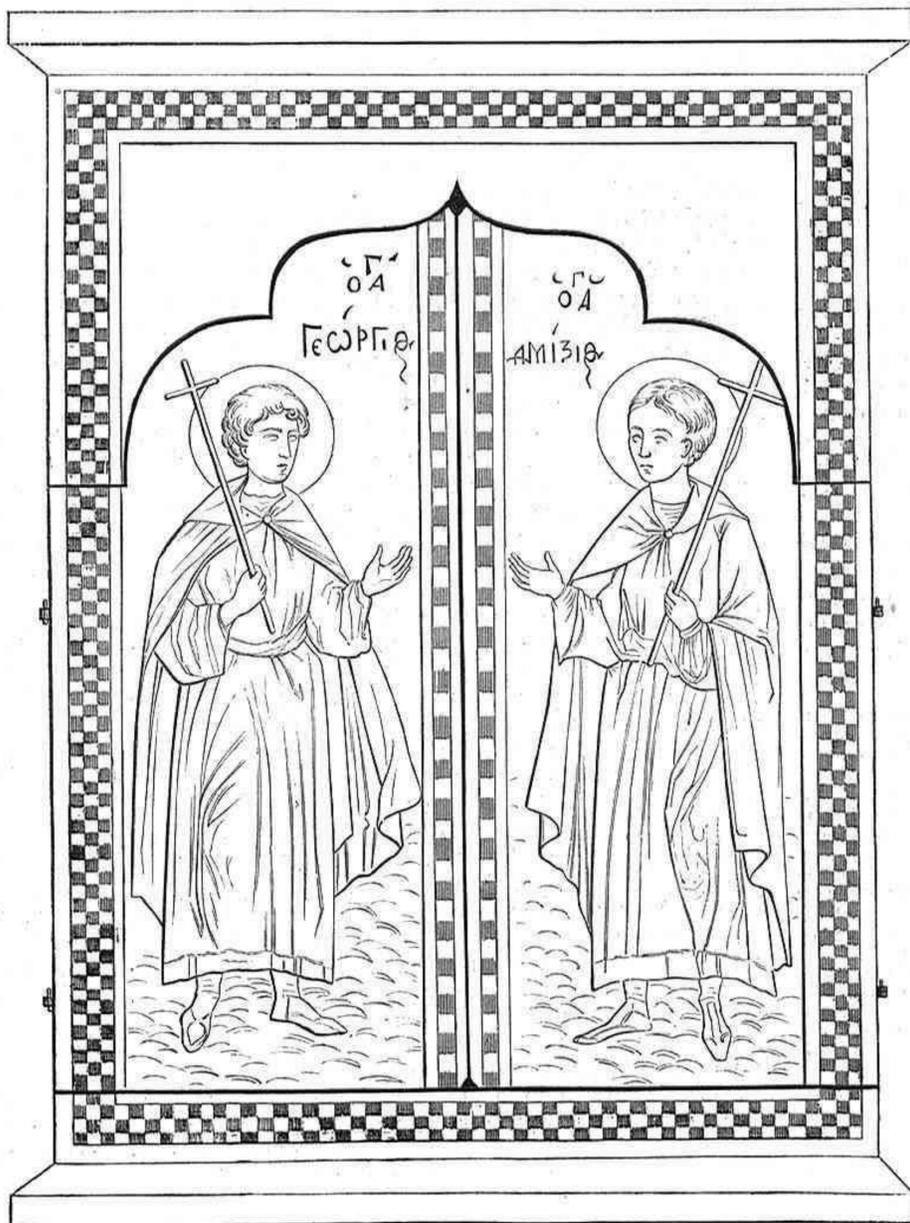
cuerde al celebrante los nombres de los vivos y los muertos que ha de encomendar al Señor en el divino oficio: las tablillas primero mosaicas, griegas y romanas

antiguo, las cuales á causa de su reducido tamaño podian librarse por los cristianos de las insultantes y destructoras pesquisas de sus enemigos, llevándolas consigo.

Aquí se presenta el díptico con otra forma y destino. Ya no es un catálogo nominal, ni tabla conmemorativa que recuerde al celebrante los nombres de los vivos y los muertos que ha de encomendar al Señor en el divino oficio: las tablillas primero mosaicas, griegas y romanas despues, se han convertido en un pequeño oratorio manual que contiene la imagen del Salvador, la *vera ico Mater Dei*, las efigies de los apóstoles confesores y mártires que derramaron su sangre por sostener la fe. Ya no se verán en ellas las toscas pinturas de los primeros artistas, porque el arte cristiano ha progresado, si bien teniendo á la vista los modelos del arte antiguo; los prosélitos de la fe nueva van á dar á sus composiciones una intencion, un sello y un carácter propios, y á presentar los objetos de su adoracion bajo formas mas aceptables y acabadas. En fin, la pintura cristiana va á ofrecer en los dípticos un tipo especial que no podrá confundirse con sus modelos, porque le caracterizan la severidad y rigidez de las costumbres de la Iglesia primitiva.

Como muestra del díptico pictórico (14), recomendado por el antes citado concilio, intercalamos el dibujo del tamaño natural de uno que tenemos á la vista, el cual, por su mérito y antigüedad, merece la calificacion de muy bueno; lo creemos del siglo XI, y está en regular estado de conservacion.

Es de madera, dorado, y marginado con una faja de escaques de marfil y ébano. Cerradas las portezuelas, se ve á la izquierda una figura con manto rojo, túnica azul con fimbria y bocamanga rojas, con toques de oro, y borceguines del mismo color: en la mano derecha tiene una cruz, la izquierda en ademán suplicante: cabeza con nimbo (15) y encima una inscrip-



EL MISMO (CERRADO).

(15) «Placuit picturas esse in ecclesia non debere, ne quod colitur et adoratur in parietibus depingatur; no queremos que se pongan pinturas en las iglesias, porque no se pinte sobre los muros el objeto de nuestro culto y de nuestras adoraciones.» (Conc. ILIBER, Can 36).

Mariana, en su *Historia general de España*, tom. I, lib. 4, capítulo 16, dice acerca de esta prohibicion: «Mandan no se pinten imágenes en las paredes de los templos; y esto á causa que no quedasen feas cuando se descostrase la pared».

(14) Algunos artistas llaman *tripticos* á los que nosotros *dípticos*, formados como el que estamos describiendo, y como el representado en la viñeta que encabeza este periódico. Lo que les constituye tales dípticos, es el estar el cuadro principal cubierto con dos hojas ó portezuelas, cualesquiera que sea su forma, distribucion y dimensiones. Los Diccionarios mas acreditados de Francia dicen solamente dípticos: «On appelle encore *díptyques* les tableaux ou bas-reliefs recouverts par deux volets qui sont peints aussi.»—BOUILLET. «Díptiques: tableaux ou bas-reliefs recouverts par deux volets dont la surface interieure est également peinte ou sculptée.»—BESCHERELLE.

(15) Nimbo: círculo ó disco de naturaleza lumi-

ción griega que dice con todas sus letras: 'O 'ΑΓΙΟΣ ΓΕΩΡΓΙΟΣ, en español *San Jorge*. A la derecha hay otra figura con ropaje igual al de la anterior, solo que el manto es azul y encarnada la túnica; lleva iguales borceguíes: en la mano izquierda una cruz; cabeza nimbanda, y encima una inscripción griega que equivale á 'O 'ΑΓΙΟΣ ΑΜΙΕΙΟΣ, en español *San Amicio*.

Ambas figuras son de jóvenes mártires: el mas nombrado es san Jorge, el cual, segun un legendario, era un príncipe de Capadocia, que en tiempo de Diocleciano sufrió el martirio, y á quien se denomina el *Perseo cristiano*.

Abiertas las portezuelas se ve el centro del díptico: plano rebajado y dorado, semejando un arco bizantino: la figura del Salvador está sentada en un trono de color de vermellon ornamentado de oro, y sobre un cojín de púrpura: piés calzados de sandalias y colocados sobre otro cojín: túnica de púrpura y manto verde con toques de oro: la mano derecha en acción de bendecir á la manera griega, (16) y la izquierda sobre el libro de la verdad colocado en la rodilla, y en el cual se lee: *Δεῦτε πρὸς με πάντες οἱ κοπιῶντες καὶ...* que es la mitad del versículo 28 del cap. XI del evangelio de san Mateo en griego, que en la Vulgata dice: *Venite ad me omnes qui laboratis, et...* Este versículo completo dice en español: *Venid á mí todos los que trabajáis y estais cargados, y yo os aliviaré*. La cabeza del Salvador está dentro de un nimbo crucífero, y en los extremos de la cruz se ven las letras O Ω N que forman parte del versículo 14, cap. 3 del Exodo, que dice: *ἐγὼ εἰμι ὁ ὢν (ego sum qui sum) yo soy el que es; palabras dichas por Dios á Moisés, cuando se le apareció en la zarza ardiendo (17). Dios se proclama, en el Apocalipsis, el origen y el fin de todo lo que es. Esta misma imagen é inscripción, se hallan frecuentemente en portadas de antiquísimos breviarios griegos.*

Ala izquierda, está en una portezuela la imagen de la Virgen, con larga túnica azul, por debajo de la cual asoma el calzado de color carmesí: gran manto de este mismo color, con fimbria y adornos de oro: las manos estendidas, la cabeza inclinada en ademan suplicante, y encima unas cifras griegas que con todas sus letras dicen: ΜΗΤΗΡ ΘΕΟΥ *Madre de Dios*. A la derecha hay una imagen con nimbo: tiene sandalias, túnica azul y manto violáceo: manos y cabeza en ademan de súplica, y encima unas cifras griegas que creemos dicen con todas sus letras 'O 'ΑΓΙΟΣ 'ΙΩΑΝΝΗΣ 'Ο ΜΗΤΡΟΣ ΘΕΟΥ *el Santo Juan el amigo de la madre de Dios*. Nos fundamos tambien para decir esto, en lo frecuente que es hallar á san Juan con Jesús y María en antiguallas como la presente.

Todas las figuras están sobre un pavimento figurando jaspe verde. El dibujo es sencillo al par que severo: en la disposición de los pliegues, se observa una belleza que revela las mejores épocas de la estatuaria: la inclinación de las cabezas de la Virgen y san Juan, es segun la costumbre y gusto bizantino, como toda la obra, la cual ofrece una pintura monumental, que con muy pocos colores aparece mas digna que muchas de las ejecutadas por el método general seguido despues. En esta época no creyeron que hubiese otro modo mas digno de ejecutar los fondos que sirviéndose del oro.—En el respaldo del díptico hay practicado un hueco cubierto con una tablilla de corredera, sin duda para meter alguna reliquia.

Los artistas de todos los países siguieron desde aquella época pintando estos dípticos, pero en mayores proporciones; y los museos nacionales y particulares de Europa abundan en obras magníficas de esta especie. No es España la que menos pudiera presentarlos de sumo mérito, así en Madrid como en el Escorial. El catálogo del Museo Real de Madrid, los registra bajo los nombres de *oratorios, retablos y ex-votos*; y los hay de varias escuelas y de varios siglos.

Respecto á dípticos esculpturados pudieramos hablar de muchos; pero nos limitamos á citar el que existe en el Escorial en la pieza llamada *Relicario*. Es una obra magnífica, á nuestro parecer del siglo IX: consiste en dos planchas de marfil reunidas en la primitiva forma del

nosa, que en varias medallas antiguas y otros monumentos, rodea las cabezas de divinidades y soberanos. Los artistas cristianos adoptaron este adorno para sus imágenes.—Sobre el nimbo y la aureola publicaremos un artículo en este *Museo Universal*.

(16) La bendición latina se hace abriendo los tres primeros dedos de la mano derecha, y teniendo cerrados los demás; la bendición griega, al contrario, marcada toda con un sello de misticismo, se ejecuta formando con los cinco dedos una especie de monograma divino IC XC, Jesucristo. El índice se abre y forma la I; el dedo de en medio se encorva en forma de C, que es el sigma antiguo; el pulgar se cruza con el anular para formar la X, y el dedo pequeño se dobla como un C. Esta manera de bendecir es constante entre los griegos. El liturgista Guillermo Durand (*Rationale divinarum offic. lib. V, capítulo II*) dice que la manera de bendecir latina recuerda á la Trinidad. El pulgar, símbolo del Padre, que es el creador y el todopoderoso, se abre en compañía del dedo mas largo, que caracteriza á Cristo, y del índice que está en medio. El índice designa el Espíritu Santo, que une el Padre al Hijo, y que no está sin relacion con la inteligencia, á la cual sirve el índice de instrumento y órgano.

(17) Así como los artistas griegos ponían en los brazos y cabeza de la cruz de Cristo el *Ω* ya indicado, los artistas latinos colocaban en el brazo derecho de aquella una R, encima una E, y en el brazo izquierdo una X para decir: *Jesus est rex, Jesús es rey*.

(18) Ha sido costumbre de los artistas griegos presentar en sus obras á la Virgen y á san Juan suplicando á Jesús en favor de los hombres; pero debe notarse en este díptico que el san Juan que suplica no es el Bautista, que era el que ponían los griegos, sino el Evangelista, acostumbrado poner en igual caso por los artistas latinos.

díptico, divididas en zonas con figuras de alto relieve y coloridas, espresando asuntos religiosos que sentimos no poder reproducir.—Concluimos nuestro trabajo citando un díptico bellissimo que existe en la biblioteca de la ciudad de Sens, el cual no contiene asunto sagrado; es mitológico y de los pocos que hay: en una tablilla está Baco y en otra Venus, y cuenta muchos siglos de antigüedad.

ANTONIO MARTINEZ DEL ROMERO.

## NAVEGACION DEL EBRO.

Conforme estaba anunciado, el dia 19 de julio se inauguró oficialmente con grandes festejos la navegacion del canal del Ebro, desde san Carlos de la Rápita á Amposta, y desde esta villa por el rio hasta Cherta.

El pensamiento de la canalizacion del Ebro, como uno de los medios mas eficaces para poner en comunicacion los dos mares que abrazan la península, el Mediterráneo y el Océano, viene ocupando desde hace mucho tiempo la atención de los gobiernos, y de los hombres de ciencia. Nace el Ebro en la provincia de Santander á una legua escasa de Reinosa, y á diez del mar Cantábrico: su direccion es de N. O. á S. E. y recorre una estension de ciento veinte y tres leguas próximamente hasta desembocar en el Mediterráneo por el puerto de los Alfaques. Recibe las aguas, en su largo curso, de ciento cincuenta rios, algunos de los cuales son de consideracion, como el Arga, Aragon, Cinca y Segre, y pasa por comarcas fertilísimas y hermosas. Besa los muros, segun decian nuestros antiguos poetas, de poblaciones tan importantes como Reinosa, Miranda, Haro, Logroño, Calahorra, Tudela, Zaragoza, Tortosa y otras muchas que fuera difícil enumerar, y atraviesa en su consecuencia las provincias de Santander, Burgos, Logroño, Navarra, Zaragoza, Huesca, Teruel, Lérida y Tarragona.

Segun asegura Plinio, el Ebro fue navegable en tiempos antiguos, desde Varia, lugar situado á poca distancia de Logroño, hasta el mar, es decir, en un espacio de sesenta leguas. Hoy lo es en varios trozos, y lo seria mucho mas si no ofreciese grandes dificultades y peligros la entrada en la gola ó la desembocadura del rio en el Mediterráneo. En 1133, el emperador don Alonso, que se hallaba en Zaragoza, dispuso hacer una expedicion contra los moros de la costa de Poniente, bajando por el Ebro hasta el mar; y segun cuentan crónicas aragonesas, en 1476 don Juan II vino embarcado para celebrar Cortes desde Navarra, donde á la sazón residia, á Zaragoza.

La importancia de la navegacion del Ebro estaba en tiempos antiguos tan reconocida, que por cédulas otorgadas en 1304 y 1391 por don Jaime II y don Juan I, se concedió al consulado de comercio de Zaragoza la superintendencia general de esta navegacion. En dichas cédulas se imponía una contribucion módica de dos sueldos por cada cabiz de trigo y tres por carga de las diferentes mercancías que se conducían por el rio; disponiéndose que estas sumas se emplearan en el reparo de los pasos difíciles y en los trabajos de encauzamiento. Finalmente, dejando aparte otros datos históricos, diremos solo que en 1677 y 1678 las Cortes de Aragon comisionaron á Luis de Lihán y Vera, célebre ingeniero de aquel tiempo y Felipe Busiña y Borbon, no menos célebre arquitecto para que, reconociendo el Ebro, mirasen si era factible hacerle navegable hasta el mar de Levante. De este exámen facultativo resultó, que podia realizarse el deseo de las Cortes, sin mas que detener el impulso violento de las corrientes del rio, limpiar y profundizar en algunas partes los cauces, apartar las piedras desprendidas de los montes, y construir algunos puentecillos en los barrancos, islas y riachuelos para facilitar el paso de las gentes y caballerías que tirasen de los barcos.

El proyecto de la navegacion del Ebro sufrió varias alternativas que fuera imposible señalar, desde que en 1581 inició esta idea de un modo luminoso el ingeniero Antonelli, en una *memoria* dirigida á Felipe II sobre los rios de España, hasta 1738 en que por orden de Felipe V se hicieron algunos estudios.

Pero cuando adquirió una importancia verdadera, fue en tiempo de Carlos III, cuyo gobierno tan buenos recuerdos de su paternal administracion ha dejado en nuestra patria. Este monarca autorizó en 1770 á la empresa de don Agustín Badin, para convertir en canal de navegacion y riego una acequia construida en tiempo y por orden del emperador Carlos V. Dificultades y obstáculos que surgieron entre el Estado y la Compañía, obligaron al rey á retirar la concesion á los dos años de otorgada.

Entonces encargó de las obras al famoso Pignatelli, que ya comprendió la importancia de la comunicacion entre los dos mares, y que trabajó asiduamente en la construccion del canal.

Entre las obras notables que bajo su direccion se hicieron, deben contarse la famosa presa recta, única en Europa, levantada en la jurisdiccion de Fontellas para elevar las aguas del rio que debían alimentar el canal. Tiene esta presa de longitud ciento veinte toesas; de latitud diez y siete y media; y de altura ocho piés, sin contar los cimientos que penetran profundamente en el rio. Tardóse en su construccion doce años, durante los cuales ocurrieron cincuenta y nueve avenidas extraor-

dinarias, que pusieron repetidas veces en gran peligro las obras.

Gracias á esta presa, pueden entrar en el canal cuatro millones novecientos veinte y un mil seiscientos piés cúbicos de agua, próximamente, por hora; aunque de ordinario solo pasan la mitad, sobre poco mas ó menos. Pignatelli dejó abiertas, cuando le sorprendió la muerte, diez y seis leguas de canal de ochocientas varas cada una y de nueve piés de profundidad, hasta la superficie de las aguas.

Dificultades políticas, financieras y del terreno paralizaron las obras del *Canal imperial*, cuando se hallaba á medio concluir. Tambien se suspendieron las de san Carlos de la Rápita, que hoy ofrece el aspecto de un monton de ruinas, y que debía ser, segun el proyecto del monarca que le honró con su nombre, un gran puerto y una residencia real.

Como anteriormente hemos indicado, el célebre Pignatelli, comprendió la importancia de la comunicacion intermarítima, pero no desarrolló su pensamiento, sin duda porque la muerte le sorprendió demasiado pronto. En 24 de julio del año 1813, presentó don Felipe Conrad un plan para la construccion de un *canal imperial marítimo*, que partiendo del puerto de San Sebastian, y siguiendo la izquierda del rio Urumea hasta Hernani, penetrase en el valle de Oria; despues, dirigiéndose casi en línea recta, debía unirse al rio Aragon, y marchar con él hasta su desagüe en el Ebro, cerca de Milagro. La línea mas corta para la union de los dos mares, así en España como en Francia, era en opinion de Conrad, la de San Sebastian á los Alfaques, cuya distancia es solo de ochenta leguas de á ocho mil varas.

Este pensamiento, que hubiera sido fecundo en resultados, fracasó como otros muchos, si bien desde entonces no ha dejado sino por intervalos muy breves, de agitarse el proyecto de la union intermarítima; debiéndose á tal circunstancia el que se concediera en 1851 á la compañía que acaba de inaugurar una parte de sus trabajos, la canalizacion del Ebro desde el puerto de los Alfaques á Zaragoza. En esta ciudad el rio se unirá con el *canal imperial*, que se prolongará hasta Tudela, en cuyo punto debe construirse un ferro-carril (cuya subasta se ha anunciado para fines de este mes), con direccion á Bilbao. Las comunicaciones mistas, como la que indicamos, tienen sus inconvenientes; pero son mas fáciles y menos costosas que las que solo tienen carácter hidráulico, y mucho mas en nuestra patria, donde el desnivel de los terrenos produce una irregularidad notabilísima en el cauce de los rios, violenta sus corrientes, y hace casi imposible el régimen de las aguas: sin contar con las avenidas que tan frecuentes son en el invierno, ni con las largas sequías que casi agotan los rios españoles en el verano, ni con otra multitud de obstáculos que hacen muy difíciles en España las comunicaciones fluviales.

Tambien existe el propósito de unir en un plano mas ó menos lejano, el Ebro y el *canal imperial*, con el de Castilla y el Duero, facilitando la navegacion de este rio hasta Oporto. Grandes ventajas proporcionaría á España y Portugal la realizacion de esta idea, y entre otras, la de fortalecer los lazos fraternales que deben estrechar á uno y otro pueblo; pero no por de pronto creemos fácil esta empresa, para la cual serian necesarios inmensos recursos, mucha decision y mucha perseverancia.

Contentémonos, por ahora, con que se abra pronto una rápida comunicacion, completamente fluvial ó mista, entre el mar Mediterráneo y el Cantábrico, que será para España fuente de inagotables riquezas, y un paso gigante dado en la senda del verdadero progreso.

Convidados para asistir á la inauguracion del canal del Ebro, hemos tenido ocasion de admirar una gran parte de las comarcas que este rio baña y fertiliza. Nada tan pintoresco como las márgenes del Ebro, desde Tortosa al mar, pobladas de árboles frutales, de verdes campiñas, y rodeadas á lo lejos por una cadena de montañas, en cuya cima fluctúan como un velo las esparcidas nieblas. De trecho en trecho hay en los bordes del soberbio rio, como en los del Rhin, algunos castillos arruinados, última espresion de una grandeza caída, ó algunas capillas tan añosas como los castillos, pero que sostenidas por la fe, han resistido á la barbarie de la guerra y de los tiempos. Ancho y estendido, con toda la magestad de su fuerza, arrastra el Ebro por esta parte sus caudalosas ondas hacia el mar con rápido y tumultuoso movimiento. Aumentando la animacion y hermosura de este agradable cuadro, cruzan por las aguas en contrarias direcciones, infinitos barquichuelos de vela latina, que el viento infla y llena; y á la orilla un pueblo, infatigable trabajador, arranca á la tierra, con el auxilio del rio fertilizador, el sazonado fruto; que ni Dios ni la naturaleza niegan nada á los esfuerzos del hombre. El trabajo es una plegaria todopoderosa.

El ánimo se ensancha al considerar cuánto ganarán en riqueza y hermosura estas comarcas, ya tan ricas y hermosas de por sí, cuando esté abierta la ansiada comunicacion fluvial y férrea entre los dos mares. Entonces podrá decirse del Ebro como del Tajo, tan celebrado por la musa española, que arrastra, no arenas, sino ondas de oro; la agricultura, la industria y el comercio les prestarán animacion; la naturaleza, encanto. ¡Quiéran el cielo que este dia no se haga esperar mucho, para

fortuna y prosperidad de nuestro pueblo! El Ebro, que en otro tiempo ha dado nombre á España, acaso esté destinado á preparar su rehabilitación; acaso las olas del sacro río sean las primeras en proclamar que la patria clásica del heroísmo, ha entrado ya de lleno en el camino, no menos glorioso, de la industria.

G. NUÑEZ DE ARCE.

## TARDES DE INVIERNO.

### LOS COLORES.

EL PADRE. Clara y bella es la tarde. Bañan torrentes de luz la atmósfera. Ligeras y templadas brisas agitan la yerba de los prados. Sigamos paseando por estas alamedas.

¿Qué me decías hace poco Adela?

ADELA. Esta mañana, padre, salimos Alfredo y yo, y nos sentamos al pie del arroyo. Estaban las márgenes salpicadas de rocío; y fijando los ojos en una gota suspendida de una hoja de hiedra, ya la veíamos de un color, ya de otro: ya de púrpura como la violeta, ya amarilla como la flor de la argoma, ya relumbrando como fuego. Nos levantamos y arrancamos con cuidado la hoja: la gota de rocío era blanca, simplemente blanca.

EL PADRE. ¿Y á qué habéis atribuido este fenómeno?

ALFREDO. En vano hemos pretendido adivinar su causa.

EL PADRE. ¿Hería el sol la gota de rocío cuando la veíais de colores?

ALFREDO. Cierto.

EL PADRE. ¿Estábais de espaldas al sol ó en la sombra cuando la visteis blanca?

ADELA. Cierto, cierto.

EL PADRE. ¿Y no habéis siquiera sospechado si los rayos del sol, podían ser la causa de los colores de la gota? ¿Por qué os parece que es verde esta yerba? ¿Porque el color verde está en la yerba? No, sino porque está constituida de manera, que de los colores que recibe del sol, puede tan solo reflejar el verde. Ponedla donde no le dé la luz y la vereis completamente negra. Están en la luz los colores y no en los objetos.

ADELA. ¿En la luz? Todos los días me llenais mas de asombro.

EL PADRE. Cada rayo de sol está compuesto de siete colores: tres simples, y cuatro que resultan de la combinación de esos tres mismos; absorbe un cuerpo estos colores y no refleja ninguno? Es negro. ¿No absorbe ninguno y los refleja todos? Es blanco. ¿Absorbe seis y refleja solo uno? Es del color que refleja: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, del color del añil ó del de la violeta.

Hay cuerpos que tienen la propiedad de descomponer la luz; y estos son los que como el rocío se presentan ora de un color, ora de otro, segun la situación del que los observa. ¿A qué os parece que son debidos los colores del arco iris sino á la descomposición de los rayos del sol por gotas de agua suspendidas en las nubes? ¿A qué los colores del nácar sino á la descomposición de la luz por los bordes de las imperceptibles láminas sobrepuestas unas á otras que constituyen su superficie? ¿A qué los cambiantes reflejos del cristal y del brillante facetados, sino á la descomposición de la luz por las aristas de las facetas?

No es aun posible determinar con precisión de qué depende que los diversos seres de la naturaleza reflejan distintos colores; mas hay hechos que revelan algo y no los puedo pasar en silencio. Cuando niños habéis hecho todos bolas de jabon, y os habéis divertido en verlas subir por el aire. Observaríais que luego de desprendidas de vuestro tubo iban cambiando de color ¿no es cierto? Encarnadas en un principio, terminan casi siempre por ser azules ó de color de violeta. ¿Ignorarais por de contado el motivo? Las paredes de la pompa se van adelgazando porque el agua de que están compuestas va precipitándose al fondo. Si pues cuanto mas delgadas reflejan colores mas delicados y cuanto mas gruesas mas fuertes, ¿no cabe por lo menos sospechar que el espesor de los cuerpos influye en el color que reflejan?

El sonido se cree que depende de las vibraciones de la materia ponderable; la luz de las del éter, fluido imponderable difundido por la atmósfera. Cuanto mas delgadas son los cuerpos sonoros, dan tambien notas tanto mas agudas, cuanto mas gruesos, tanto mas profundas. Las delgadas láminas de cobre de nuestros grabadores producen por cierto sonidos muy distintos de los de las recias campanas de nuestras catedrales; el bordon de la guitarra, sonidos muy distintos de los de la prima. Una analogía tal ¿no nos ha de dar tambien motivo para que nos afirmemos en la anterior sospecha? Esta analogía es de tanta mayor fuerza, cuanto que existe aun entre los colores y los sonidos de cuerpos igualmente densos. Para que el éter produzca el color de la violeta se ha calculado que ha de vibrar 699 millones de millones de veces por segundo; para que el de la rosa solo 477 millones de millones. Para obtener el sonido mas agudo posible en un piano de siete octavas se ha calculado que una cuerda ha de vibrar 4,224 veces por segundo; para el mas grave solamente 15.

El diverso estado de las moléculas de un cuerpo ten-

go tambien para mí que ha de influir muchísimo en que refleje un color ú otro. En esas mismas salinas de Cardona de que os hablé otra tarde, hay pedruzcos de sal de distintos colores. Los rompéis y veis siempre en las partes el color del todo. Mas los machacais, los reducís á polvo; y veis ya el polvo completamente blanco. Este hecho no ha llamado, que yo sepa, la atención de los naturalistas; pero es muy digno de exámen. Dícese que la nieve, el azúcar, la misma sal son blancas porque se componen de un número infinito de pequeños prismas, ¿De qué se compondrán aquellas enormes piedras ya azules, ya encarnadas, ya verdes, ya de una transparencia por lo menos igual á la de los cristales mas puros? Pero estoy deteniéndome en consideraciones que no os interesan.

ALFREDO. ¿Que no nos interesan? Seguid, seguid, ardo ya en deseos de saber qué condiciones han de reunir los cuerpos para que descompongan la luz de los rayos del sol.

EL PADRE. La descomponen principalmente los cuerpos transparentes prismáticos, sobre todo el agua. Tomas mañana un prisma de cristal, y haces que vaya á dar en él un rayo del sol que baje por un agujero abierto en la puerta de tu ventana. Verás al punto reflejados los siete colores, ya en el suelo, ya en el techo, ya en las paredes de tu aposento. ¿No los has visto acaso nunca sobre el mantel descompuestos por el agua de las botellas? El agua descompone la luz del sol en las cascadas, en los blancos y espumosos penachos que forma al salir de las fuentes de nuestros jardines, en las gotas con que salpica las plantas, los metales, los cuerpos que tardan en absorberla y evaporarla.

¿Cómo estás tan silencioso, Eduardo? Nada se te ocurre á tí hablándose de cosas tan bellas?

EDUARDO. Temo despegar los labios desde que me dijisteis que sobre la razon predomina en mí la fantasía; mas ya que me estimulais á que diga algo, permitidme que os pregunte: ¿y es solo la luz del sol la que da calor á los cuerpos? ¿sola la luz del sol la que se descompone en el prisma? A la luz de mi lámpara distingo en los objetos los mismos colores que de día; de noche he visto la araña de un teatro chispeando y despidiendo de sus ricas mazorcas de cristal innumerables reflejos de todos los colores. Lo que habéis dicho de la luz del sol, ¿es ó no aplicable á la luz de todas clases?

EL PADRE. Bien, Eduardo. Has sabido generalizar lo que yo á propósito habia individualizado. Las generalizaciones, cuando como la tuya vienen apoyadas en hechos, dan buena idea de la razon del que las formula. Toda luz, es cierto, tiene generalmente hablando las mismas propiedades. Mas hay entre la natural y la artificial diferencias, que aunque pequeñas, no son para olvidadas. La luz del sol es blanca, la de tu lámpara amarilla. La de tu lámpara altera, por ser tal, la apariencia de ciertos colores. ¿No has observado nunca que lo que es azul de día, parece verde de noche? El color amarillo de la llama de las lámparas y las bujías se combina con el azul, y da por resultado el verde, que no es sino la combinación de aquellos dos colores.

ADELA. ¿Darán tambien lugar á que padezcamos muchas ilusiones los colores? ¿no es cierto?

EL PADRE. ¡Tanto, Adela!... Fijas por algun tiempo los ojos en el sol, el fuego, los campos, el azul del cielo; y al apartarlos, no ves ya ningún objeto con el color que realmente tiene. Tal, que aislado te parecerá vivo, entre otros se te presentará débil; tal, que al través de un cuerpo te parecerá oscuro, al través de otros le verás claro y brillante. ¿Crees tú que tu sangre tiene ese bello color encarnado conque la ves cuando miras al trasluz tus dedos? No; la ves asi porque la materia que la colorea flota en una especie de humor lechoso. Al través de un líquido blanco como la leche, todo cuerpo de un color rojo oscuro, adquiere transparencia y fuerza. ¿Ignoras por fin que cambia el color de tu misma cara segun el del traje que vistes, y el de los objetos que te rodean? Obran recíprocamente unos colores sobre otros; y nacen de esta mutua y continua influencia gradaciones de color infinitas, que son la desesperacion de los pintores que se empeñan en reproducirlas.

¡El color está en la luz, y es la luz tan engañosa!... Presenta invertida nuestra imágen en el agua, levantado el cauce de los arroyos y los ríos, quebrados en el mar los remos de nuestras ligeras barquillas. Nos hace ver el sol, la luna, los buques de alto porte antes que estén en nuestro horizonte. Sufre refracción, es decir, desviación, al pasar del agua al aire, del aire al agua, de un aire mas denso á otro mas raro, de un aire mas raro á otro mas denso; y nos daría ideas equivocadas de una multitud de fenómenos, si nuestra razon no la hubiese estudiado detenidamente, y enseñándonos á rectificar los errores á que con tanta frecuencia nos conduce. No entra por poco esa misma refracción de la luz, en la colorización de ciertos objetos. A ella es principalmente debido, así el bello color de un cielo arrebatado, como el de esas amarillentas nubes conque se nos suele anunciar la lluvia; á ella, que se nos presentan á veces en órden inverso los colores del iris; á ella, que ni dos personas podamos ver el mismo arco.

EDUARDO. ¿Y preguntaba, que si nos engañan los sentidos?—Ved, padre, que el sol traspone ya las vecies cumbres. Mucho deseo conocer la luz, y saber la

causa de tan falaces apariencias; mas temo el aire de la noche por la pobre Adela. Cortemos ya la plática y crucemos alegre y lentamente el valle.

## BERANGER.

Una exacta biografía de Beranger, poeta esencialmente popular, debería ser un cuadro en que se desenvolviese la historia de su pueblo en esa época que comenzó en 1789. Nació Beranger en 1780 y ha muerto en 1857, es decir que desde la toma de la Bastilla hasta la destrucción de la segunda república y elevación del segundo imperio francés, han pasado á su vista los sucesos que mas han influido en la suerte de Europa y del mundo. Un notable biógrafo español advierte que Beranger, nieto de un sastre, mozo de posada, aprendiz de cajista, es conducido á su última morada acompañando su féretro no solo el pueblo de París, sino la corte y los magnates franceses. Esto, sobre indicar los grandes méritos del poeta, explica tambien la imponderable transformación de las ideas.

No entraremos sin embargo en consideraciones políticas, ajenas á la índole de este trabajo, ni tampoco nos detendremos en referir las particularidades de la vida de Beranger. Toda su historia, como dice Querard, está en sus canciones, mas indeleblemente impresa que en láminas de bronce.

Nacido en París, su familia á fin de alejarle de los peligros que para un niño impaciente y curioso ofrecían por entonces las sangrientas escenas de la capital de Francia, le envió á Perona, con una tia suya mujer virtuosa y devota. Allí dió aun en su tierna edad muestras del ingenio satírico que le distinguió despues entre sus compatriotas.

No tardó en entrar de aprendiz en una imprenta; y al componer una edicion de Chénier, sintió despertarse su genio poético. Antes de dedicarse al género en que ha dominado sin rival, se ejerció en otros, cuyos ensayos quedarán olvidados por la posteridad, como los habia olvidado él mismo. Beranger se habia educado en las luchas políticas: en el Instituto patriótico de Perona habia aprendido desde muy niño á discutir los principios de gobierno, y su primera cancion fue tambien política. Titulase *Le Roi d'Ivetot* y en ella se hacia una alegre y generosa censura del entonces omnipotente Napoleon. Esta composicion dió á conocer á Francia su nuevo poeta.

La escasez de recursos le obligó á recurrir á la protección de Luciano Bonaparte, amante de las letras, á quien se dirigió en una digna y pundonorosa carta. Sus esperanzas no salieron fallidas: el hermano del primer cónsul le acogió benévolamente; y cuando al perder la gracia de este, partió para Italia, dejó á su protegido la pension que cobraba como miembro del Instituto. Beranger se mostró siempre agradecido á quien en el infortunio le habia tendido una mano generosa.

Cuando volvieron los Borbones, publicó el primer tomo de sus poesías, conocidas y cantadas ya en toda Francia. Esta publicacion le valió la amenaza de perder el modesto destino de mil doscientos francos de sueldo que por entonces desempeñaba en la Universidad de París. En 1821 dió á luz el tomo segundo de sus obras; pero en el mismo dia en que se puso á la venta presentó su dimision. El público no encontraba nada nuevo en este libro: todas las composiciones en él contenidas las sabia de memoria y las aplicaba á cada momento. Si Beranger hubiera vivido en aquella época en que ó no habia imprenta ó las impresiones estaban solo al alcance de los potentados, su nombre quizá hubiera quedado ignorado; pero Francia habria tenido siempre un cancionero popular que como el nuestro habria pasado de boca en boca y de generacion en generacion.

Acogióronse con avidez las nuevas muestras del ingenio del poeta que nos ocupa; pero este no fue tan afortunado, que despues de comparecer ante el tribunal, sobre pagar una buena multa, no diese con su cuerpo en las prisiones de Santa Pelagia. Allí estuvo tres meses; y á su salida, habiendo ocurrido la muerte de Napoleon, compuso su cancion *El Cinco de Mayo*. No la compararemos con la célebre de Manzoni, que lleva el mismo título; pero si haremos notar que esta fue la primera alabanza que le mereció el vencedor de Marengo, porque si Beranger hizo muchas veces la oposicion á los gobiernos, no aduló nunca á los poderosos: *je n'ai jamais flatté que l'infortune*, era su divisa.

En 1825 publicó el tercer tomo de sus poesías, con el cual fue mucho menos afortunado que con el segundo, pues habiendo tenido que comparecer como en 1821 ante el tribunal, no solo fue condenado, sino que se le trató con mas dureza, imponiéndole la pena de nueve meses de prision y diez mil francos de multa, que fueron pagados por medio de una suscripcion abierta entre sus muchos admiradores.

Aunque las oscilaciones de la política elevaron despues al poder á sus amigos, Beranger nada quiso contentándose con la envidiable gloria literaria que habia sabido conquistarse. Retirado de la literatura y de la política, vivió desde esta época, consultado y querido de todos, hasta que el 16 del pasado rindió su alma al Creador.

Cuéntanse de Beranger varios rasgos que prueban la bondad de su alma: referiremos uno de ellos. Poco tiempo después de haber salido de su última prisión, esparcióse el rumor de que el librero á quien habia vendido todas sus composiciones se presentaba en quiebra. Laffitte, amigo del poeta, llamó á otro librero y le entregó diez y ocho mil francos para que propusiese á Beranger que le cediese la explotación de sus obras por tres años á razon de seis mil francos cada uno. Propuso el negocio á Beranger, y este aceptó, y con muestras de reconocimiento firmó el contrato. El librero entonces conmovido reveló el nombre del verdadero bienhechor. Beranger al oírlo rasgó la escritura y no quiso oír una palabra mas sobre el asunto.

Era Beranger un verdadero poeta, es decir, un verdadero inventor; habia sorprendido el pensamiento del pueblo para quien escribía, y lo habia interpretado fielmente; por eso era tan querido y tan popular. Es grande en el entusiasmo, delicado en la sátira, tierno en los amores: bajo el modesto título de canciones están en sus obras incluidos todos los géneros. Nada mas severo que su canción á Luis XI.

Si quelqu'un chante, il se trouble, il frissonne;  
L'horloge a causé son effroi.  
Ainsi souvent il prend l'heure qui sonne  
Pour le signal de son beffroi.

Podríamos citando composiciones suyas prolongar indefinidamente este artículo; la índole del *Museo* no lo permite. Beranger ha desaparecido de la tierra, pero sus obras vivirán mientras se hable la lengua francesa.

RAIMUNDO FERNANDEZ CUESTA.

## REVISTA DE LA QUINCENA.

Habia en cierto lugar de España una jóven que pasaba por santa y tenia llena la comarca de la fama de sus milagros. El señor obispo de la diócesis, quiso verla y cerciorarse por sí mismo de la verdad del caso, porque ciertamente no todos los que parecen milagros lo son, si bien hay algunos que lo son y no lo parecen. La jóven, (y no es cuento, porque el caso ha sucedido hace pocos dias) dejó que le repitieran la orden por tercera vez, y al fin contestó al señor obispo que no podia obedecerle porque se lo impedía el ángel Gabriel, que la habia prohibido de parte de Dios presentarse á su ilustrísima.

Otro tanto me sucede á mí con la inspiracion á quien invoco para que haga el milagro de dictarme una revista agradable. Se ha dejado repetir las órdenes, y al fin me ha contestado que su ángel, Gabriel ó no Gabriel, la tiene ocupada en otra parte y que no puede presentarse á mi ilustrísima persona.

Y cuando me abandona la inspiracion! Precisamente cuando mas la necesitaba, porque habiendo poquitos sucesos que referir á los lectores y ninguno de gran novedad, ella sola podria suplir la falta de noticias, inventándolas y dando color y sabor á lo que de otro modo no podrá salir sino pálido y deslabazado.

¿Qué he de decir hoy que de contar sea? ¿que el rey de Wurtemberg ha sido robado en Biarritz? ¿que le han escamoteado una cartera llena de billetes de banco? El robar á un rey no solamente no es cosa nueva, sino que su origen se pierde, como suele decirse, en la noche de los tiempos. Al rey de Colcos le robaron el vellocino de oro y á mayor abundamiento su hija Medea le arrebató las alhajas de su casa, y se ausentó con Jason por esos mundos. Al rey Gerion le robó Hercules nada menos que una famosa vacada que era el orgullo de la comarca. Al rey Menelao de Esparta le robaron su esposa Elena, causa de la ruina de Troya. Uno de los Ramesces, reyes de Egipto, era robado todos los dias por el mismo arquitecto que habia construido el edificio destinado á poner en seguridad sus riquezas. En nuestros tiempos el príncipe Maximiliano de Sajonia fue robado públicamente en Madrid en una solemne funcion de iglesia, en la cual le cortaron uno de los faldones de la casaca, precisamente aquel en que llevaba cierta hermosa cajita de oro. Y si fuéramos á escudriñar la historia, ¡cuántos ejemplos no encontraríamos de reyes robados, así en los tiempos remotos como de los actuales! Decididamente el percance ocurrido al de Wurtemberg no pasa de ser uno de esos acontecimientos comunes que se ven todos los dias y que por lo mismo no se recomiendan á la admiracion de nadie.

Para decir algo verdaderamente nuevo, necesitaremos apelar á los estados del mercado. El trigo, dice un periódico, se ha pronunciado en baja. Que me place este pronunciamiento, tanto mas cuanto que es de nuevo género. Hasta ahora los pronunciamientos habian sido mas ó menos políticos y siempre habian tenido por objeto la elevacion de ciertas ideas y de ciertos hombres; pero veáse ahora que se presenta un pronunciamiento triguero, que tiene por blanco y norte la baja. Quiera Dios que se propague á todas las provincias; debo confesar, sin embargo, que no las tengo todas conmigo porque en algunas veo poca disposicion á secundar el movimiento.



BERANGER.

Agosto es mes de baja: bajan los calores, bajan los trigos, bajan tambien los fondos, el sol baja mas pronto á su ocaso, y las expediciones veraniegas empiezan á estar de baja. En este mes el labrador, terminadas las faenas del campo, celebra en su pueblo la funcion á su santo titular. Desde la Virgen de agosto hasta san Miguel de setiembre, empiezan las romerías y las funciones, que comienzan en la iglesia y acaban en la plaza de toros. Los alcaldes con sus largas capas y empuñando la vara, signo de autoridad, presiden por la mañana desde el banco del ayuntamiento la solemnidad religiosa, y dirigen por la tarde la corrida de novillos, ó el baile de tamboril y dulzaina. En otras partes, sin perjuicio de la funcion de iglesia, se corren toros. En esta última quincena ha habido corridas en Santiago, Alicante, Valencia y Tudela que han entusiasmado á los concurrentes. El *diestro* Cayetano ha recogido en las dos últimas poblaciones inmensos laureles y sobre todo un regalo de la Junta del hospital de Valencia que no hay mas que pedir. Julian Casas dicen que ha tenido una pequeña desgracia en Santiago: parece que al dar una estocada á un toro, este sin duda agradecido á la buena intencion, pero no admitiendo el obsequio despidió la espada, la cual al caer fué á clavarse en el pié derecho del matador y le causó una leve herida, que le ha imposibilitado por algunos dias.

Mas nuevo es lo que ahora voy á referir: el Vesubio ha hecho otra erupcion; Mr. Dieu ha descubierto otro cometa; tenemos en el célebre químico Justo Liebig otro comendador de la orden de Carlos III; ha salido ya de Irlanda el buque que conduce el cable destinado á poner en comunicacion telegráfica á la América del Norte con Dublin; la Ramirez y Obregon siguen en el Circo haciendo olvidar el calor, mientras en Francia dispone el célebre Proudhon un drama para el teatro.

El párrafo anterior parecerá á mis lectores un cajon de sastré: ordenemos esas noticias: ya que digamos poco, digámoslo con método.

La erupcion del Vesubio no ha causado estragos esta vez. La lava ha tenido la atencion de alejarse de la parte habitada, y dirigirse á lo que llaman el Foso de Faraon, que es un barranco profundísimo donde puede estenderse á su placer. Desde Nápoles se divisa la corriente; y aunque el gobierno ha puesto un cordon militar, dicho se está que los viajeros á quienes la curiosidad hace arrostrar el peligro no han de detenerse por un cordon mas ó menos; fuera de que los cordones son materia poco resistente si se les pone en contacto con algun metal bien duro.

En cuanto al cometa, que aparece ahora hácia la constelacion de la Girafa, me atrevo á pronosticar que no será el único que se observe en esta época. El tal M. Dieu se conoce que es observador infatigable, y que está en vena de descubrir cometas: el mes de agosto es tambien favorable para esta clase de apariciones. Siga, pues, M. Dieu mirando á las estrellas, y cuide de no tropezar por acá abajo.

La condecoracion dada al insigne químico Liebig, cuyas obras se estudian con gusto y con provecho en España, será llevada á su destino por una comision de personas competentes. El gobierno ha dado una prueba en esta ocasion de que sabe apreciar el mérito, y de que está decidido á premiarlo donde quiera que se presente, y sobre todo en el extranjero.

Al fin, dentro de pocas semanas, podremos recibir noticias instantáneas de América. Falta que desde las Antillas á los Estados-Unidos pongamos nosotros tambien

nuestro cable; y no estaria demás que echáramos otro desde la Península á las Baleares, y otro á las Canarias. Las comunicaciones telegráficas van á hacer de los paises civilizados una gran familia. No sabemos si esta gran familia tendrá mas ocasiones de reñir desde el momento en que sus miembros se pongan mas en contacto.

En el Circo brillan, como hemos dicho, dos cometas, que no son ciertamente de los descubiertos por M. Dieu. El mas hermoso, la Amalia Ramirez, es ya conocido, y los astrónomos teatrales han descrito con minuciosidad la órbita que ha recorrido desde su primera hasta su última aparicion. El de mayor cola, que es Obregon, se presenta por primera vez en nuestro horizonte, donde parece que debe adquirir el carácter de estrella fija de segunda magnitud. Mirados ambos con el catalejo desde el observatorio de las lunetas, han dejado satisfechos á los inteligentes.

El drama que M. Proudhon piensa dar al teatro se titulará, segun parece, *El interior de la estatua*. Este título revela la intencion mas ó menos filosófica del autor. Sabido es que Condillac presentó la imagen de una estatua que dotada de sensacion iba adquiriendo por esta sola cualidad, todas las demás que distinguen al ser humano. Esto era simplemente negar la existencia del alma inmateral, y proclamar el materialismo. ¿Será que M. Proudhon quiera probar que en *El interior de la estatua* hay algo que no procede de la sensacion ni de la materia? Allá veremos.

Mientras el escritor socialista da á luz su obra dramática, en Mompeller se está representando una tragedia que causa inmensa sensacion. Titúlase la *Vid salvada*, ó *el triunfo del Azufre*.

La *Vid*, reina de Medoc, vive con su ministro y confidente el señor Estaca, con su hijo Champaña, abogado travieso y decididor, y con Burdeos, poeta sentimental. Garona y Remolacha sus enemigas, unidas al señor Vinagre, comerciante arruinado, meditan un plan infernal para destronarla. El señor Melon, propietario y filósofo de las cercanías, no entra en el plan, pero el aturdimiento de su pariente Pepino, jóven fátuo y de no muy buenas costumbres, está á punto de comprometerle. Los conjurados aprovechan la enfermedad llamada *oidium*, que acomete á la señora Vid; pero en el momento de la catástrofe se presenta el doctor *Azufre*, médico ingenioso y muy inflamable, y salva á la víctima. Remolacha queda sonrojada, y Garona, desesperada, se precipita en el mar. La alegoría dicen que está bien sostenida: á falta de otras cosas de mas ingenio, el público de Mompeller se contenta con esta. Peor es nada.

Por la revista, y por la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

## Geroglífico.



SOLUCION DEL ANTERIOR.

No se tomó Zamora en una hora.

DIRECTOR, D. J. GASPAS.

EDITOR RESPONSABLE D. JOSÉ ROIG. — IMP. DE GASPAS Y ROIG, EDITORES. MADRID: PRINCIPE, 4. 1857.